

CLAVES INTERPRETATIVAS DEL TERMALISMO DECIMONÓNICO¹

YOLANDA PÉREZ SÁNCHEZ

“Las imágenes arquetípicas no sólo renacen constantemente a lo largo de la historia, sino que incluso las auténticamente antiguas muestran a menudo en el mismo seno de lo mítico un sentido plenamente luminoso, impulsor, utópico; pensemos en el nimbado recuerdo de la edad de Oro, una edad enterrada y que no obstante, viene a nuestro encuentro desde el futuro”²

E. BLOCH

Un lugar se ordena y compone de acuerdo con el uso y, sobre todo, con la “imagen”, requeridos por el particular modo de vida que acoge. El origen y las bases ideológicas de éste permiten desvelar las claves más importantes de la configuración y el significado de un lugar. El balneario es la respuesta arquitectónica concreta al modo de vida “balnearia” que surge en Europa a finales del siglo XVIII y alcanza su madurez en el último tercio del XIX. Este texto sostiene que, a su vez, el balneario decimonónico es una nueva manifestación de un modo de vida en torno a la naturaleza que, desde las villas de la Antigua Roma³, ha surgido de manera intermitente en la cultura Occidental⁴, ligado al desarrollo de las ciudades y el comercio, al poder, y a una concepción hedonis-

1 Este texto forma parte del primer capítulo de la tesis doctoral defendida en la Universidad de Santiago de Compostela: “EL BALNEARIO DE MONDARIZ LA CREACIÓN DE UN LUGAR (1873-1931)”, dirigida por la catedrática en Historia del Arte M^ª Luisa Sobrino Manzanares. En ella se expone el proceso de configuración del balneario de Mondariz como lugar, a través del análisis de sus variables históricas y socio-culturales y de su arquitectura.

2 Cit. en BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 145.

3 David R. Coffin sitúa en el siglo II d.C. el origen de este fenómeno, que resurge con fuerza en el siglo XV, convirtiéndose en un rasgo central de la vida italiana en el Renacimiento. COFFIN, D. R. 1988: 15.

4 En 1910, Rudolf Borchardt ya había puesto de manifiesto en su ensayo *Villa* la persistencia de la llamada *Vita Rustica* como *leit-motiv* social y cultural desde la Antigüedad. (BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 7). Lewis Mumford, en *La ciudad en la historia* (1961), señalaba la temprana ocupación de la campiña circundante a la ciudad ligada al descanso y actividades de ocio, así como la relación causal entre ambos espacios. MUMFORD, L. 1979: 641-647.

ta de la existencia⁵. Se trata de la *villeggiatura*, que designa la costumbre de retirarse de la ciudad para pasar largas temporadas en una residencia campes- tre⁶. Estudios como el de J.S. Ackermann, D.R. Coffin, y, sobre todo, el que R. Bentmann y M. Müller⁷ han realizado sobre la villa en la Italia del Renacimiento, revelan unas bases ideológicas y formales que se mantienen sustancialmente en el balneario decimonónico, a pesar de las lógicas diferencias entre los “modos” de producción y de conocimiento de las épocas en que se desarrollan ambos fenómenos⁸. El modo de vida que articula la villa parte de las mismas premisas básicas con las que se ha identificado el termalismo decimonónico: responde al deseo, sentido como una necesidad por las clases privilegiadas, de buscar en la tranquilidad y los “encantos” de naturaleza una alternativa a la vida urbana, donde cuidar cuerpo y espíritu, sin abandonar los hábitos de ocio propios de su clase; y, una de cuyas características fundamentales consiste en la conveniente sublimación del aspecto productivo que lo sustenta⁹.

Una cualidad esencial que distingue al balneario moderno es la mercantilización de su espacio. En el siglo XIX, bajo el signo del capitalismo, el balneario se transforma en lo que Walter Benjamin denominó “fantasmagoría”: imagen mágica o símbolo de deseo creada por una época, convertida en mercancía. El siglo XIX, regido por la idea de que progreso y civilización conducirían a una sociedad perfecta, crea utopías al tiempo que supedita la sociedad al mercado. Mientras que el acceso a la villa dependía de la pertenencia a una clase social, al balneario, lugar de “peregrinación” mercantili- zado, se accede a través de una relación contractual. En la fantasmagoría balnearia, la naturaleza y, fundamentalmente, el agua, se han convertido en fetiches, objetos de deseo expuestos ante el consumidor.

5 Esta es la razón fundamental por la que en la Edad Media se produce un paréntesis en la manifestación de este modo de vida. En un mundo teocéntrico, donde la Iglesia advertía sobre los peligros del goce, este tipo de planteamientos eran un desafío al poder. No es casual que el resurgimiento de la villa se produzca en la Italia del Renacimiento, donde el Humanismo vuelve a situar al hombre en el centro del Universo.

6 Fueron los Medici quienes popularizaron el concepto de villa en el siglo XV. Alrededor de 1450, Cosimo de Medici pide a Michelozzo que transforme una antigua casa-fortaleza, situada en Careggi, en una villa donde “cultivar su alma”. En ella el mecenas florentino podía disfrutar de la vida activa de la agricultura y, como aconsejaba Petrarca, de la vida contemplativa, en compañía de su protegido, Marsilio Ficino, y otros miembros de la Academia Florentina. Años más tarde, su nieto Lorenzo de Medici encarga a Giuliano da Sangallo una villa próxima a una granja de su propiedad en Poggio a Caiano, dedicada a la producción de queso, eliminando la clásica distinción entre *otium et negotium* de las villas en Antigüedad clásica. COFFIN, D. R. 1988: 12-14.

7 Estos dos autores se centraron en el fenómeno de la *villeggiatura* como ideología, donde confluyen estética, economía, política y filosofía. BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975.

8 Si aplicamos este esquema al balneario decimonónico, comprobamos que cada uno de los elementos básicos definitorios de la villa suburbana tiene su correlación en el balneario. V. Cuadros 1 y 2

9 En el siglo XV era muy frecuente que la villa reuniese el aspecto productivo de una granja con el de un secularizado retiro espiritual. Aunque en siglo XVI la villa se identificará sobre todo con un espacio de recreo donde descansar de los asuntos políticos o mercantiles de la ciudad, en la Italia septentrional, donde este fenómeno se dio con mayor intensidad, se mantendrá esta dualidad. La “santificación” de las tareas agrícolas por la literatura humanista ofrece las bases para desarrollar toda una ideología legitimadora.

Por otra parte, estando la villa y el balneario separados por el umbral de la modernidad, las herramientas legitimadoras de su ser social difieren en la misma medida que los recursos epistemológicos de ambas épocas¹⁰. La villa renacentista recurre a la religión y al mito, apoyándose, como era habitual en el Humanismo, en los modelos de la cultura clásica. El balneario decimonónico, además de adaptar antiguas mitologías, recurre a la ciencia y a los nuevos mitos de la modernidad.

El lugar “es siempre un depósito de tiempo en el espacio”¹¹, en el que confluyen función y representación. Esto implica un necesario vínculo con una época y una sociedad determinadas, en este caso, la que corresponde al contexto europeo finisecular. Como ha señalado Ignasi de Solà-Morales, el balneario se caracteriza por ser un lugar de ocio y disciplina, articulado en torno a una concepción hedonista basada en la vida social y el cuidado



Mondariz Pontevedra, vista del balneario
(T. Postal)

del cuerpo¹². Los fundamentos de la vida balnearia en su madurez, a finales del siglo XIX, residían pues en el contacto con la naturaleza y la curación a través de las aguas, en un espacio colectivo marcadamente elitista. El catalizador de este modo de vida es la burguesía empresarial, que convierte al termalismo, es decir, la frecuentación de las fuentes minerales y termales¹³, en una empresa rentable y en un emblema de la vida social. Pero además, como afirma María. A. Leboreiro, el balneario es “el espacio de representación en el que una época se expresa”¹⁴. Es un modo de vida representado y articulado en torno a unos mitos que contribuyen a crear la imagen “fantasmagórica” del balneario decimonónico. Para comprender la forma y el sentido de ese escenario es necesario conocer los elementos que conforman el imaginario colectivo de la sociedad que lo habita. La concretización de una función social en un lugar depende en buena medida de los “símbolos de deseo” de la época, es decir, de aquello capaz de atraer a la sociedad decimonónica a un espacio que, por ajustarse “perversamente” a esta imagen ideal, se transforma en fantasmagoría. Los elementos que componen esta fantasmagoría, y los instrumentos legitimadores de que se sirvieron sus artífices, arrojan una luz clarificadora sobre la configuración del lugar. De ellos trata este capítulo.

10 La necesidad del proceso de legitimación, tal como lo entendemos aquí, coincide con la siguiente afirmación de Peter. L. Berger y Thomas Luckmann: “la legitimación justifica el orden institucional adjudicando dignidad normativa a sus imperativos prácticos”. (BERGER, P. L./LUCKMANN, T. 1986: 122).

11 MUNTAÑOLA THORNBERG, J. 1990: 72.

12 SOLÀ-MORALES, I. (Dir.) 1986: 67.

13 JAMOT, CH. 1988: 7.

14 LEBOREIRO AMARO M.A, 1994: 11.

1. RASGOS DEFINIDORES DEL TERMALISMO DECIMONÓNICO

“Tous les établissements thermaux se ressemblent: une buvette, des baignoires, et l'éternel salon pour les bals que l'on retrouve à toutes les eaux du monde”¹⁵

G. FLAUBERT

“MODA: Io sono la Moda. Mia sorella.

MORTE: Mia sorella?

MODA: Sì: non ti ricordi che tutte e due siamo nate dalla Caducità?”

G. LEOPARDI¹⁶

El balneario está determinado por dos funciones primordiales que condicionan la configuración del lugar: el restablecimiento y cuidado de la salud, y el ocio como prolongación de la vida social de las enriquecidas clases urbanas¹⁷. La función “terapéutica” del balneario implica la observancia de una disciplina, impuesta por las prescripciones médicas, pero el hecho de que sea una elección voluntaria, lo convierte ante todo en una gran empresa del ocio: “El balneario es libre y los usuarios son clientes, compradores que han decidido emplear su tiempo y su dinero en la cura del propio cuerpo”¹⁸. Pertenece a lo que Benjamin denominó “industria de la diversión”¹⁹, un lugar creado para la clase media-alta que acude a él buscando, fundamentalmente, un espacio de recreo a su medida. El perfil de estos potenciales clientes es determinante para definir las características de ambas funciones. Los propietarios de los establecimientos, conscientes de que el éxito de su empresa depende de la captación de esta selecta clientela, esgrimen los argumentos más adecuados para atraerla. Crean una imagen del balneario marcadamente elitista, a la medida de un “consumidor” urbano de clase media-alta, cuya principal “razón de ser” consiste en el cuidado de la salud, a través de las aguas y el contacto con la naturaleza, bajo el oportuno cuidado médico, y la suspensión de la vida en la ciudad, siendo al mismo tiempo un espacio dotado de lo mejor que ha producido la civilización y el progreso.

Existe una contradicción esencial en este planteamiento que se sintetizará en dos binomios formados por términos opuestos: el binomio campo/ciudad y el binomio mito/ciencia. Ambos binomios se relacionan entre sí: el campo es el lugar del mito, existe como representación, y se identifica con la

15 GUSTAVE FLAUBERT, *Voyage Aux Pyrénées et en Corse* (1840). Cit. en GRENIER, L., JARRASSÉ, D. 1985: 53.

16 MODA: Yo soy la Moda. Hermana mía./MUERTE: Hermana mía?/MODA: Sí: no te acuerdas de que ambas hemos nacido de la Caducidad?. LEOPARDI *Dialogo della moda e della morte* (1824).

17 GRENIER, L. 1985: 40.

18 “El balneari és lliure i els usuaris són clients, compradors que han decidit esmerçar el seu temps i els seus diners en la cura del propi cos”. SOLÀ-MORALES, I. (Dir.) 1986: 69.

19 BENJAMIN, W. 1990: 179.

pureza de un estadio primitivo; la ciudad, en cambio, es el espacio tecnificado creado por el hombre, el lugar del artificio, de lo insano y lo antinatural que produce la enfermedad. La confrontación entre estos términos es consustancial a la condición humana y se debe, según Raymond Williams, a su imposible elección entre “un materialismo necesario y una humanidad necesaria”²⁰ que intenta resolverse estableciendo divisiones excluyentes como las citadas.

Estos componentes (agüista-consumidor, y los binomios campo/ciudad y mito/ciencia), en los que se cifrará la configuración social del lugar balneario, lo convierten en un producto típico del XIX, y portan el germen de su decadencia. Como producto capitalista, el balneario se convierte en espectáculo, en mercancía, que en el proceso cuaja en fetiche de naturaleza transitoria. Los balnearios surgen al mismo tiempo que los escaparates de las calles principales. La moda, casi tanto como la ciencia, sustenta el auge del balneario. Esta es una de las claves de su caducidad²¹. La ciencia y la tecnología evolucionan²², en cambio, los hábitos basados en la moda son efímeros, exigen de una perpetua renovación: “La moda prescribe el ritual según el que el fetiche que es la mercancía quiere ser venerado”²³. Como los pasajes decimonónicos, los balnearios pronto se convierten en estructuras decadentes que ya no gobernarán la imaginación colectiva y se reconocen como las ilusorias imágenes oníricas que siempre fueron, “residuos de un mundo imaginario”²⁴. Tras la II Guerra Mundial, aproximadamente, el modo de vida de los balnearios, como el de los Grandes Hoteles, se convierte en un anacronismo.

1.1 Agüista-Consumidor

“Cada huésped que entraba a desayunar era bombardeado con la fantástica noticia: ‘La baronesa von Gall envía aquí a su hija menor; la baronesa en persona vendrá dentro de un mes’ [...] Anécdotas de personajes de noble cuna se servían, endulzaban y sorbian; nos saciamos de escándalos de alto rango, bien untados de mantequilla”²⁵

KATHERINE MANSFIELD

El balneario decimonónico es un “producto” de la sociedad capitalista, construido a la medida del deseo de las clases privilegiadas, grupo marcado por unas necesidades y unas costumbres muy definidas. La mayor parte de

20 WILLIAMS, R. 2001: 362.

21 BUCK-MORSS, S. 2001: 181.

22 Pronto los avances de la medicina y la química propinan el descrédito del termalismo. El extraordinario desarrollo de la farmacopea en los años treinta elimina una de las principales razones para someterse al tratamiento termal. Por otra parte, en los primeros años del siglo XX, se extiende el uso del agua corriente a domicilio y el cuarto de baño totalmente equipado según los preceptos higienistas.

23 BENJAMIN, W. 1990: 180.

24 BENJAMIN, W. 1990: 190.

25 MANSFIELD, K : *En un balneario alemán* (1911) en *Cuentos completos*. DeBolsillo. Barcelona, 2003: 25.

los agüistas²⁶ pertenecen a la aristocracia y la alta burguesía, que ante todo demandaba orden²⁷, seguridad, y alternativas de ocio equiparables a sus elegantes costumbres urbanas. Los comportamientos que regían la vida de esta clase social serán cuidadosamente contemplados en el diseño del balneario, donde la estancia no solía ser inferior a los veintiún días de rigor impuestos por el tratamiento²⁸, y durante los cuales debía asegurarse la comodidad del cliente. Los rasgos que definen al usuario tipo y sus hábitos son convenientemente asumidos por la fantasmagoría balnearia que, dada la homogeneidad de los valores burgueses, adquiere una validez general para todo el marco europeo.

La burguesía es sin duda la clase protagonista del s. XIX, período en el que adquiere un mayor peso en la vida política y social. Desde su posición preponderante moraliza y, con el proverbial paternalismo del burgués decimonónico, impone conductas a las clases trabajadoras que, con el tiempo, también tuvieron su efecto entre la nobleza y aristocracia. La distinción entre



Temples de la Gándara en Mondariz (T. Postal)

lo público y lo privado que domina este siglo, se traduce en una mayor valoración de la familia, que se convierte en núcleo indiscutible de la sociedad. El modelo doméstico que adopta buena parte de Europa, procede de la Inglaterra victoriana: la *privacy* se difundió por el continente a través de los viajeros, comerciantes, las *nurses*, etc²⁹. La familia integra una institución casi sagrada, regida por una serie de mitos y leyes internas que dan origen a un modelo idealizado, reflejado en multitud de pinturas y grabados de la época que representan escenas de la vida cotidiana de una familia de clase media en actitudes amables y recogidas. En ellas se revelan los roles de sus miembros: la mujer, imagen de la virtud, junto a los niños en el hogar, y el hombre, indiscutible cabeza de familia³⁰. La religión ocupa

26 Armand Wallon afirma que sólo a partir de la I Guerra Mundial se impone el término curista, hasta entonces se utilizaba indiferentemente bañista o "buteur d'eau", es decir, agüista, aunque, poco a poco, el primero va dejando paso al segundo. WALLON, A. 1981: 11.

27 Curiosamente, fue Goethe quien pronunció una de las frases más ilustrativas y post-románticas de esta fundamental exigencia burguesa: "prefiero la injusticia al desorden". ARANGUREN, J.L. 1982: 69.

28 La normativa duración de los veintiún días de tratamiento sigue la indicación de Herodoto 450 años a.C. CHABROL, E. 1933: 11.

29 En la imposición de este orden de cosas hay que destacar el papel del evangelismo, doctrina que desde su implantación a finales del s. XVIII, reunía a un mayor número de fieles en Inglaterra, especialmente entre la burguesía. Los tratados evangélicos contribuyen a difundir el modelo de vida doméstica, pues consideraban que el hogar era el centro más adecuado para preservar la moral y las buenas costumbres y establecían una clara diferenciación entre las funciones del hombre y la mujer. Este ideal es asumido con gran éxito por la burguesía inglesa hacia la mitad del s. XIX. PERROT, M. 1988-1989.

30 ARANGUREN, J.L. 1982: 100-1.

un papel muy importante, a partir de ella se establecía una clara diferenciación entre las funciones del hombre y la mujer. La esposa y madre ejemplar debía recluirse en el hogar, abandonado cualquier otra ocupación, mientras delegaba en su marido toda participación en la vida activa. Esta situación tiene sus efectos en otros aspectos de la vida cultural, pues las asociaciones y clubes tomaron frecuentemente las mismas normas que alejaban a la mujer de su seno (extraordinariamente aceptadas con el aval de un hombre de su familia) o bien, restringían su acceso a espacios separados. Del mismo modo, la casa se dividió en una serie de zonas diferenciadas: a los hombres se reservaban el salón de fumar, la biblioteca, la sala de billar y el despacho, mientras que las mujeres disponían de sus cuartos de estar para recibir a las visitas. Las zonas de encuentro se reservaban a la sala de lectura, el comedor y el jardín. La servidumbre se alojaba normalmente en el piso superior de las viviendas.

El recogimiento de la vida hogareña concedió un necesario valor a la privacidad y el confort. La extraordinaria importancia que se concede a la privacidad, encarnada en la familia y la vivienda, debe ponerse en relación con la voluntad de acotar espacios, de proteger la propiedad y la intimidad, que ha sido uno de los principales rasgos de la burguesía desde su ascenso al poder³¹. La vivienda se convierte en reflejo de la moral y su refugio, donde se encuentran todas las necesidades del ciudadano *comme il faut*. El intento de convertir el espacio privado en un microcosmos se traduce en un interior revestido de tapicerías, terciopelos, sedas y alfombras que apenas dejan un hueco libre, así como en la reunión de los estilos decorativos más diversos. La cultura ocupaba un lugar privilegiado, –la biblioteca y el piano eran imprescindibles–, pero también la naturaleza tenía su espacio en el hogar burgués. El jardín y el invernadero se cultivan con la misma intensidad y siguiendo los mismos principios que el interior, poblados de diversas especies, principalmente plantas exóticas, se hicieron muy populares, sobre todo a partir del Segundo Imperio, convirtiéndose en verdadero signo de lujo y elegancia. La sociedad francesa, era el modelo de la sociedad cosmopolita europea hasta principios del XX, y el París creado por Haussmann, con sus grandes avenidas iluminadas y lujosas viviendas abuhardilladas, la ciudad ideal. Si bien Inglaterra, especialmente a partir de la primera década del XX, fue quizá el principal referente de la alta sociedad europea. La enorme influencia de los valores y estilos de vida ingleses en la aristocracia española, como en el resto

31 "Geste propre... à la civilisation bourgeoise: verrouiller. La clôture, le coffre-fort, le mur de prison (....) tel a été le trait le plus profond, la note permanente de la civilisation bourgeoise jusqu'à notre temps".

"Gesto propio de la civilización burguesa: poner cerrojos. El cierre, la caja fuerte, el muro de las prisiones [...] –tal ha sido el rasgo más marcado, la nota permanente de la civilización burguesa hasta nuestro tiempo–".

Regine Pernoud, *Histoire de la bourgeoisie en France*, París, 1962, pág. 263. Cit. en ARANGUREN, J.L. 1982: 85.

de Europa, es un dato bien conocido³². La moda de imitar las costumbres inglesas, inequívoca muestra de distinción³³, afectaba tanto a la vestimenta y a ciertas expresiones, como a los juegos, deportes³⁴, y las prácticas de higiene. Gran Bretaña se convierte en pionera en este tipo de medidas: la legislación al respecto al inodoro data de 1855, y fue la primera en facilitar el uso del agua corriente y las cañerías de plomo.

El descubrimiento de los mecanismos de la respiración y el gran éxito de la teoría infeccionista a principios de siglo ponen las bases de las prácticas de higiene que se generalizan en el último tercio del siglo XIX, tras los descubrimientos de Pasteur y la celebración en Bruselas del Primer Congreso Internacional de Higiene y Demografía en 1876, que marca el inicio de la higiene moderna. El Higienismo, nueva ciencia de la salud que concentra su interés en la limpieza, afectaba a todos los aspectos de la vida, desde el aseo y la alimentación, hasta las costumbres. El médico aconsejaba acerca de todo ello, recomendando el justo medio y reprobando los excesos. La influencia reconocida de lo físico sobre lo moral determina el valor de la limpieza y el orden. Durante el XIX los médicos tienen tanto poder e influencia en su tarea de preservar la salud de la familia, –su unidad, por lo tanto–, alejándola de las costumbres dañinas, que se convierten en “los nuevos sacerdotes”³⁵, sus órdenes serán acatadas con sumisión y respeto. El Higienismo como valor social, y su relación con la moralidad, se revela en la frecuencia con la que el lenguaje cotidiano del siglo XIX se impregnaba de términos propios de esta rama de la medicina³⁶. Emilia Pardo Bazán escribía en 1899:

“Asistir estos días a las sesiones del Parlamento es como presenciar una consulta entre doctores a dos pasos de la cabecera de un enfermo grave. No se oyen más que apreciaciones de carácter sanitario, médico o higiénico; en el debate abundan las palabras que antes sólo resonarían en las clínicas y en los consultorios. Durante la sesión de anteayer he contado más de cincuenta depuraciones y las regeneraciones no bajarían de sesenta y tres. ¡Depurar, regenerar! Son los verbos de moda actualmente”³⁷

32 Inglaterra no fue sólo un modelo social, Canovas del Castillo se inspiró en su sistema bipartidista, y el positivismo inglés fue el principal referente de la célebre Institución Libre de Enseñanza, que marcó a la intelectualidad española desde su fundación, en 1876, hasta el primer tercio del siglo XX. ARANGUREN, J.L. 1982: 138-9.

33 PERROT, M. 1988-89: 18-19.

34 El polo y, sobre todo, la caza inglesa se convirtieron en los deportes favoritos durante el reinado de Alfonso XIII. CARR, R. 1985: 413.

35 PERROT, M. 1988-89: 121.

36 En los años setenta aparecen numerosas publicaciones ligadas a grupos profesionales y organizaciones de todo tipo interesadas en la difusión de nuevas especialidades técnicas o, como en el caso del higienismo, para contribuir a la implantación social de urgentes reformas: *El Monitor de la salud, El Siglo médico, La España Médica, La Higiene*.

37 “La música de Wagner. Las Cortes”, publicado en *La Ilustración Artística*, nº 897 (6 de marzo de 1899) sin título. PARDO BAZÁN, E. 1972: 57.

Ante el empeoramiento de las condiciones de habitabilidad urbana causado por la Revolución Industrial, el Higienismo propone la cura de reposo y al aire libre, que encuentra su espacio idóneo en el balneario de montaña o en los baños de mar. Se crea la necesidad de la vivienda salubre y los espacios verdes, mitificando las propiedades curativas de la vida campestre. Y el habitante de las ciudades decimonónicas está preparado para vivir con plenitud esta experiencia. El romanticismo extiende la costumbre del pasear por la naturaleza, de la exploración de sus secretos y el disfrute de sus paisajes. Desde finales del XVIII se vive un cambio de actitud hacia la naturaleza, a la manera de Rousseau en sus *Rêveries d'un promeneur solitaire* (1782), los viajeros dejarán vagar su espíritu para recrearse en la calma de la naturaleza, en la visión del mar o en la experiencia de lo sublime en la montaña³⁸, y dotan a sus itinerarios de un valor más hedonista, según A. Corbin “se vuelve mayor la disponibilidad a la sensación y a los mensajes de la cenestesia”³⁹. El pintoresquismo educa la mirada y le permite descubrir los paisajes fascinantes que antes ha captado la pintura y, muy pronto, la fotografía. Las estaciones termales de montaña se convierten en lugares predilectos para el viajero romántico, generando un subgénero literario dedicado a los “viajes a las aguas”⁴⁰. La romántica cultura de los viajeros pronto da lugar al turismo organizado, en buena medida impulsado por el avance del transporte. A lo largo del siglo XIX el contacto con la naturaleza se instrumentaliza, se mercantiliza. La figura del paseante “rousseauiano” y el *flâneur*, o paseante urbano, se funden en el agüista en traje de paseo que deambula por el balneario. El término turista aparece en Francia en 1816, y es popularizado por Stendhal en *Mémoires d'un touriste* (1833) donde lo define como un individuo de clase alta y eminentemente urbano. Los libros de los viajeros románticos son sustituidos por las más precisas guías, como las de la editorial Baedeker⁴¹ o, posteriormente, la *Guide Michelin* (1900), destinadas a estos turistas que abandonan la ciudad en verano para acudir a balnearios de moda, dónde se ha trasladado la vida mundana esa temporada. Como consecuencia, a finales de siglo surgen sociedades como el *Touring Club* de Francia (1890), y las oficinas municipales de turismo. En la segunda mitad del XIX, periodo de gestación del turismo moderno, triunfa el turismo montañoso y lacustre, puesto de moda por los anglo-sajones en su periplo anual. Las minorías europeas, imbuidas

38 CORBIN A. 1988.

39 CORBIN A. 1989: 473.

40 La literatura de viajeros de principios de siglo revisten a las estaciones de montaña de los más subjetivos encantos. Este subgénero pronto será desmitificado por autores como Alejandro Dumas (*Impressions de voyage en Suisse*, 1873) o Flaubert (*Voyage en Pyrénées et en Corse*, 1840) que ponen de manifiesto los peores aspectos de las estaciones termales y trazan un crítico perfil de quienes acuden a ellas. JARRASSÉ, D. 1985: 149.

41 La editorial alemana, fundada por Karl Baedeker, fue trasladada a Leipzig en 1872, donde se publica en alemán, francés e inglés, la más célebre colección de guías turísticas de bolsillo de finales del XIX y principios del XX.

de los conceptos románticos y del deseo de establecer una comunicación profunda con la madre Naturaleza, buscan el placer de la media montaña en pleno verano⁴². Las estaciones termales de montaña, equipadas con todas las comodidades de la época, se convierten en los destinos predilectos. Sin embargo, en las décadas finales del XIX la ciencia se impone al sentimiento romántico. El estudio de la fauna, flora y el clima de las estaciones termales, y las difundidas ventajas para el organismo de este tipo de turismo lo convierte principalmente en una práctica sana y deportiva, ofreciendo a la conservadora burguesía del XIX una incuestionable coartada para el ocio.

La recuperada costumbre entre la aristocracia y los ricos propietarios de pasar la temporada de verano alejados de la ciudad, pronto será imitada por la burguesía⁴³. En palabras de Lewis Mumford, los que “encabezaron la marcha de la civilización”⁴⁴, desdeñosos del campo, poblado de incultos agricultores o aristócratas decadentes, y alejado de la industria y el comercio, acudirán a él en busca de un espacio saludable, pero, sobre todo, porque el poder evadirse de la ciudad era sinónimo de éxito social y prosperidad económica.



Mondariz tras el incendio (foto de prensa)

El año se divide en temporadas: la de invierno y primavera en la ciudad y la de verano y parte de otoño en el campo. En la mayoría de los casos la burguesía no poseía una vivienda en el campo, de modo que la alquilaban para la

temporada, o bien se instalaban en hoteles. Esto favorece la construcción de hospedajes fuera de la ciudad y especialmente de los balnearios, que se convierten en auténticos focos de la vida social. Los balnearios empiezan a multiplicarse. En ellos se dan cita la aristocracia y los “advenedizos”, y las revistas de moda ofrecen frecuentes crónicas sobre la “vida balnearia”: “Las aguas son en verano lo que los salones en invierno” afirmaba un diario francés en 1846⁴⁵. Los casinos de los balnearios se convierten en los principales lugares de diversión y encuentro⁴⁶. Es difícil establecer el porcentaje de verdaderos enfermos que acudían al balneario, ya que principalmente se

42 JAMOT, CH. 1988: 167.

43 La costumbre aristocrática del veraneo es reafirmada en nuestro país por la reina Isabel II cuya mala salud le obliga a tomar este hábito.

44 MUMFORD, L. 1979: 641.

45 CORBIN A. 1989: 237.

46 El pequeño estado de Mónaco, dedicado de un modo decisivo al turismo a partir de la apertura del casino de Montecarlo (1861) y la creación, en 1898, de la Sociedad de Baños de Mar, era el símbolo de la Europa mundana y adinerada reunida alrededor de las mesas de juego. SADDY, P. 1985: 87.

trataba de estar en el “marco adecuado” impuesto por la moda. El esnobismo que produce la imitación de los hábitos de las clases superiores es un factor decisivo para el éxito del termalismo⁴⁷. Así como, según afirman R. Bentmann y M. Müller, “la élite burguesa no se reconoce socialmente sino en el goce que proporciona la exuberante vida de las villas”⁴⁸, el agüista busca en el balneario la confirmación de su categoría social o su compañía. Esto originaba una curiosa mezcla: miembros de las clases altas, hombres de estado, eclesiásticos, militares, artistas, aventureros, etc., homogeneizados por el balneario donde la burguesía, en palabras de Walter Benjamin “fortifica la conciencia de pertenecer a la clase superior”. Benjamin cita un párrafo de *La vie des eaux* (Paris, 1855) de Félix Mornand, que resume con una precisión casi implacable este efecto:

“In Paris there are no doubt larger crowds, but none so homogeneous as this one; for most of the sad human beings who make up those crowds will have eaten either badly or hardly at all... But at Baden, nothing of the sort: everyone is happy, seeing that everyone’s at Baden”⁴⁹

La rutina de la vida en el balneario se componía de la visita matinal a las fuentes, desayuno, paseo, comida, lectura de prensa, tiempo de ocio hasta la segunda ingesta de aguas, paseo, cena y veladas en el salón fiestas⁵⁰. Esta rutina determina, como veremos, la configuración arquitectónica del balneario, caracterizada por su apertura a la naturaleza y por primar las zonas de relación sobre las de tratamiento, revelando la importancia de su función social. Como afirma Armand Wallon, la vida que se llevaba “en las aguas” era prácticamente similar en todos los países europeos, donde acudían agüistas de diferentes nacionalidades⁵¹. El balneario, como el Gran Hotel, es uno de los espacios predilectos de la sociedad, en ellos se albergan reyes, artistas, políticos y otras personalidades, alrededor de las cuales se celebran reuniones políticas, sociales y culturales. Esto contribuyó a que, desde muy pronto, el balneario se convirtiese en el perfecto escenario para todo tipo de *affaires*. Este carácter frívolo y cosmopolita es recogido por la literatura, que no sólo encontró en él una fuente de inspiración⁵², sino que ofrece algunas de las mejores recreacio-

47 A este perfil corresponde la irónica descripción que W.M. Thackeray hace en *Vanity Fair* (1847-48) de la sociedad mundana de su tiempo. Aunque el retrato más mordaz de los tipos que se podían encontrar en los balnearios se debe a los hermanos Edmond y Jules Goncourt que dejan un implacable relato de sus estancia en Vichy (1867) y Royat (1869).

48 BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 112.

49 “En París hay probablemente más masas de gente, pero ninguna tan homogénea como esta; ya que la mayoría de los tristes seres humanos que forman esas masas habrán comido malamente o nada en absoluto... Pero en Baden, no sucede nada de eso: todo el mundo es feliz, puesto que todo el mundo está en Baden”. BENJAMIN, W. 1999: 414.

50 WALLON, A. 1985: 182-3.

51 WALLON, A. 1981: 7.

52 JARRASÉ, D. 1999: 23-29.

nes de la vida en “las aguas” que complementan la información sesgada de las guías turísticas y las publicaciones balnearias. El carácter mundano de este espacio se advierte en el giro que se produce en el siglo XVIII, cuando el poder evocador del balneario ya no reside fundamentalmente en las aguas y en sus virtudes casi milagrosas⁵³, desplazándose a la adecuación de su atmósfera para todo tipo de intrigas y amoríos⁵⁴. Muchos de los principales escritores del XIX y principios del XX sitúan alguna de sus obras en este escenario, que la mayoría conocía bien⁵⁵. En España, Emilia Pardo Bazán⁵⁶, Gaspar Nuñez de Arce, Echegaray, Valle Inclán y Azorín, entre otros, visitaron asiduamente los balnearios, y algunos de ellos recrearon estos espacios de un modo más o menos complaciente. Pero también la prensa situaba en los balnearios españoles algunas de sus intrigas de folletín, lo que demuestra el alcance popular de este espacio. Concretamente, *La Ilustración Española y Americana* y la revista femenina *La moda elegante* publican varios relatos ambientados en Mondariz⁵⁷. Igualmente significativo es el hecho de que la primera película gallega de ficción, *Miss Ledy* (1917), rodada por el fotógrafo José Gil, transcurre en el balneario de La Toja. El guión, de Rafael López de Haro, responde a una imagen sumamente estereotipada y teatral de los personajes y situaciones, pero confirman la adecuación y la aceptación popular del balneario como principal escenario de las intrigas de sociedad a principios del siglo XX:

“Miss Ledy, es una bellísima señorita norteamericana, muy excéntrica, que viene a Pontevedra en compañía de su padre, un acaudalado banquero yanqui. Miss Ledy va a la isla de La Toja, dónde se encuentran, de incógnito, los reyes de Suavia, sobre los cuales se fijarán las iras del

53 El ejemplo más célebre es la oda *In Thermes Caroli IV* que el humanista Bohuslaw Lobkowitz von Hasenstein dedica a Karlsbad en el siglo XVI, traducida a una treintena de lenguas. SAUVAT, C./ LENNARD, E. 1999: 117.

54 *Les Amusements des eaux de Spa* (1734) del barón de Pöllnitz, chambelán del rey de Prusia, fue uno de los libros más vendidos del XVIII, formaba parte, por ejemplo, de la biblioteca de Napoleón y M^{ra} Antonietta. Esta obra, como *Les Amusements des eaux d'Aix-la-Chapelle*, del mismo autor, recogía impresiones personales, anécdotas, consejos e historias amorosas, inspiradas en diversos encuentros acaecidos en el lugar. El libro fue traducido a varias lenguas y, en 1783 aparece *Nouveaux amusements des eaux de Spa*, una edición revisada, firmada por el médico Jean Philippe de Limbourg, en la que incluye una lista con más de un centenar de agüista célebres. El éxito de estos libros inicia la moda, según el mismo patrón, de *Les Amusements...* ambientadas en diversos balnearios europeos. JARRASSÉ, D. 1985: 147.

55 Entre ellos podemos destacar a Goethe (*Marienbänder Elegie* en *Trilogie der Leidenschaft*, 1826) George Sand (*Mademoiselle de La Quintinie*), Jane Austen (*Northanger Abbey*, 1818), E.T.A. Hoffmann (*Spielerglück*, 1820), Walter Scott (*Les Eaux de Saint-Ronan*, 1824), Balzac (*La peau de chagrin*, 1831), A. Dumas, Flaubert, Dostoievski (*El jugador*, 1866), Maupassant (*Mont Oriol*, 1887), Colette (*Claudine s'en va*, 1903) Katherine Mansfield (*In a German Pension*, 1911) Proust (*À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, 1918) y A. Schnitzler (*Freiwald*, 1912, *Die Schwestern*, 1910, y muy especialmente *Das Weite Land*, 1910, ambientada en el Baden austriaco, Baden bei Wein).

56 En 1880, una afección del hígado llevó a la escritora a pasar una temporada en Vichy. A raíz de estas experiencias publica en el periódico madrileño *La época*, un relato novelesco ambientado en el balneario francés titulado *Un viaje de novios* (1881).

57 “A caza de gangas”. *La Ilustración Española y Americana*. Madrid, 30 de junio de 1900.
“Por amor al padre”. *La Moda Elegante*. Madrid, 22 de junio de 1900.

anarquismo. La presencia de estos personajes, a quienes rodean otros de carácter y posiciones diversas, origina pasiones, que por veces les lleva a plácidos recreos por el río Lérez, a emocionantes fugas amorosas, a elegantes escenas de salón o a miserables atentados terroristas...⁵⁸.

1.2. Campo/Ciudad

“Le luxe va rarement sans les sciences et les arts et jamais ils ne vont sans lui”⁵⁹

J-J. ROUSSEAU

“El arbolado y la vegetación completan y acaban de embellecer el idílico conjunto (...) Semejantes a este rincón, hay infinitos en el valle de Mondariz, donde ha volcado todos sus dones la naturaleza. Admirándolos, se dilatan con igual impresión de sosiego el ánimo del convaleciente y el ánimo del turista”⁶⁰

El ideal de la vida campestre como contrapartida a la vida urbana existía mucho antes de que la Revolución Industrial y sus efectos provocasen la demonización de la ciudad, convirtiéndola en el foco de los males del hombre moderno⁶¹. La forma y el ideal de la llamada *Vita Rustica* tienen su origen en la Antigua Roma⁶². Las villas romanas son la primera manifestación de este modo de vida articulado por una desarrollada cultura urbana que hace de la experiencia de habitar el campo un arquetipo a la medida de sus necesidades. La ideología de fondo de la villa, según afirma Ackerman, apenas ha variado desde entonces, ya que, al contrario de lo que sucede con otras tipologías, la villa cumple una necesidad que ha permanecido inalterable a través del tiempo, que debe más a la fantasía que a lo real y, además, continúa siendo privilegio de las clases acomodadas. En la Antigua Roma, como revelan las cartas de Plinio el Joven, se aconsejaba al hombre de ciudad adquirir

58 *Faro de Vigo*, 15-V-1916. Cit. en MARTÍN BLANCO, P. 2002: 282.

59 Discurso premiado por la Academia de Dijon en 1750, sobre un tema propuesto por la propia Academia (“Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a depurar las costumbres”, París, 1751, segunda parte), donde Rousseau insiste en la idea, que desarrollará años más tarde en *Julie ou la Nouvelle Héloïse* (1761), de la ciudad como espacio del lujo corruptor en el que cristalizan los males del hombre, oponiéndola al campo, lugar de los sentimientos y de la noble tarea de la agricultura. Cit. en GUBLER, J. 1985: 106.

60 *Aguas bicarbonatado-sódicas de Mondariz propiedad de los Sres. Hijos de Peinador*. Hauser y Menet, Madrid, 1900: 17.

61 Raymond Williams en su obra capital, *El campo y la ciudad* (1973), analiza la imagen y las relaciones entre ambos espacios a través de su representación en la literatura inglesa. A pesar de ello, sus reflexiones sobre la manipulación y mistificación del campo y la naturaleza, así como su persistencia histórica y la dependencia de este proceso del desarrollo del capitalismo, son generalmente aplicables a otros ámbitos. En esta obra Williams insiste en la selectividad que rige a todas las tradiciones, idea fundamental para comprender la perpetuación del modo de vida campestre como algo “encantador”, recurriendo para ello a los artificios precisos.

62 Nos referimos en este caso a los efectos vitales de la idealización de la vida en el campo, es decir, a la creación de una alternativa de vida real. Pues la primera referencia al mito de la Edad de Oro, se encuentra en el s. IX a.C, concretamente en *Los trabajos y los días* de Hesíodo, donde primaba una épica de la labranza. WILLIAMS, R. 2001: 40.

una pequeña propiedad en el campo para desintoxicarse de los excesos de la vida urbana⁶³. El elogio del campo era un tema frecuente en la literatura romana de la época imperial⁶⁴. A mediados del siglo XIV, Petrarca vuelve a situar en el campo el espacio ideal para la vida contemplativa y la creación artística y filosófica: “Whether we are intent upon God or upon ourselves and our serious studies, or whether we are seeking for a mind in harmony with our own, it behooves us to withdraw as far as may be from the haunts of men and crowded cities”⁶⁵. En el siglo XVI Palladio escribía que la villa “es el lugar donde el cuerpo conserva más fácilmente la fuerza y la salud; y en el que, finalmente, fatigado con la agitación de la ciudad, se recuperará y reconfirmará en gran medida”⁶⁶. La nobleza y la alta burguesía del siglo XVIII, intenta paliar la “nostalgia por el campo”, lugar de la inocencia perdida divinizado por Rousseau, con la creación de sus propias “vaquerías” y otros edificios pintorescamente rústicos. James Malton, autor de un volumen dedicado a diseños de villas, publicado en 1802, afirmaba: “the wise, the virtuously independent, who prefer the pure and tranquil retirement of the country, to the foetid joys of the tumultuous city, are they who take the mostly likely means to enjoy that blessing of life, happiness”⁶⁷. Esta idea que ha llegado prácticamente inalterable hasta hoy, está en la base del balneario⁶⁸.

La idealización del campo se refuerza capciosa y sistemáticamente en su oposición a la ciudad, a pesar de las diversas variaciones de ambos conceptos a través del tiempo. En el balneario, este antagonismo se reduce a

63 Plinio exhortaba a sus amigos a “gozar de la tranquilidad del campo, lejos de la frivolidad de la ciudad” (Carta IX, Libro I PLINIO CECILIO SEGUNDO, C. 1938: 60), como hacía él mismo en su villa a orillas del lago Como, en el Norte de Italia. Allí practicaba la pesca y la caza, actividades que recomendaba encarecidamente, pues “el ejercicio corporal, con la soledad y el silencio de los bosques, constituye un poderoso estímulo para el pensamiento del estudioso” (Carta VI, Libro I. PLINIO CECILIO SEGUNDO, C. 1938: 48).

64 Comentarios de Vicente Blanco García a la obra de Plinio, en PLINIO CECILIO SEGUNDO, C. 1963: 37.

65 “Estemos concentrados en Dios, en nosotros mismos o en nuestros serios estudios, o estemos buscando una mente en armonía con nuestro ser, es necesario que nos retiremos tan lejos como sea posible de los lugares frecuentados por los hombres y de la ciudades abarrotadas”. F. PETRARCA, *De vita solitaria* (I,i,I) Cit. en COFFIN, D. R. 1988: 10.

66 PALLADIO, A. *I quattro libri dell'Architettura*. Venecia 1570, II, 12. Cit. en NORBERG-SCHULZ, CH. 1992: 23.

67 “Los sabios, los virtuosamente independientes, que prefieren el puro y tranquilo retiro del campo, a las fétidas alegrías de la ciudad tumultuosa, son los que tienen las mayores probabilidades de disfrutar esa bendición de la vida, la felicidad”. Cit. en ACKERMAN, J.S. 1990: 222.

68 El mito de la vida campestre está ampliamente reflejado en la literatura y en las artes plásticas, manifestaciones de las que se retroalimenta hasta la actualidad. Horacio, Virgilio, Plinio el Joven, Poliziano en el siglo XV, James Thomson, Shaftesbury y Pope en el XVIII, el romanticismo y gran parte de la novela decimonónica han colaborado a crear una determinada imagen de la vida en el campo. La pintura también ha sido una fuente de inspiración, desde la decoración de los interiores pompeyanos, algunos tapices medievales y las escenas de la vida campestre en las paredes de las villas palladianas fueron recuperadas por el *revival* de la villa en el romanticismo. Como es bien sabido, en el siglo XVIII en Inglaterra se hace muy popular el género que representaba la casa de campo. Canaletto y las pinturas de Claudio de Lorena inspirarán la factura de los jardines ingleses colaborando decisivamente en la formalización de la estética pintoresca. El siglo XIX genera una gran cantidad de tratados de arquitectura y diseño de jardines inspirados en las villas palladianas.

aquellos aspectos “estratégicos” que sirven a la fantasmagoría: el espacio urbano es fuente de enfermedad física y mental, en cambio, el espacio balneario, abierto a la naturaleza, es fuente de salud; la ciudad es el lugar del trabajo y las obligaciones cotidianas, que generan fatiga y el estrés, mientras que el balneario impone otra rutina, basada en el tratamiento y el ocio. Pero, en definitiva, son las clases urbanas quienes, con sus prejuicios y sus hábitos, pueblan el campo y trasladan a él sus necesidades. Las dolencias que padece el agüista típico, citadas en una guía de las aguas de Mondariz de 1879, son propias del habitante de la ciudad:

“El abuso de sustancias aperitivas y excitantes; la incompleta masticación de los alimentos; ciertos medicamentos, los escesos venéreos y de las bebidas; la vida sedentaria; los trabajos mentales muy continuados y los cambios bruscos de temperatura son las causas más frecuentes de los padecimientos que buscan su alivio en estas aguas”⁶⁹.

La ciudad es el lugar del progreso, otro de los mitos de la modernidad que sostiene la fantasmagoría balnearia, que se presenta casi como un ensayo de un estilo de vida perfecto, posibilitado por el alto grado de civilización y de medios alcanzados por la cultura occidental. Los avances de la civilización industrial, principalmente los nuevos medios de transporte y comunicación, así como las comodidades y servicios propios de los núcleos urbanos (iluminación eléctrica, telégrafo, teléfono, etc.) contribuyen en gran medida al desarrollo y el éxito del balneario. Como los grandes cruceros de lujo, alardes de la tecnología de principios de siglo, el balneario es un espacio prácticamente autónomo, se autoabastece considerando la necesidad de ofrecer a sus visitantes todo lo que necesitan durante su estancia. El aislamiento del exterior marca una primera diferencia, el entorno inmediato no le ofrece lo que necesita, su modelo no es el tipo de vida austero del rural, sino la elegancia y el esplendor que revisten las diversiones de las grandes ciudades. El espacio urbano es pues, al mismo tiempo, el referente y aquello de lo que se huye.

La conciencia urbanística del siglo XIX insiste en la prioridad de creación de espacios verdes y salubres, mientras las nuevas ciudades industriales son extraordinariamente caóticas e insanas debido a su rápido crecimiento y a la especulación. Es un período fecundo en contradicciones, en el que, en palabras de Giedion “las posibilidades del reposo iban desapareciendo; nadie tenía tiempo para vivir con dignidad, la vida había perdido su equilibrio”⁷⁰. El urbanista Camilo Sitte, en su obra *Construcción de Ciudades según principios artísticos* (1889) aludía al efecto de la ciudad sobre el ánimo:

69 *Aguas bicarbonatado-sódicas de Mondariz. Fuentes de Gándara las más alcalinas de España*. 1879.

70 GIEDION, S. 1979: 163.

“El melancólico de las grandes ciudades es uno de estos enfermos mitad imaginario, mitad real; padece nostalgia de la libre naturaleza; esta enfermedad, que puede llegar hasta la completa indiferencia por el trabajo, no se cura con el concienzudo respirar de tantos y tantos metros cúbicos de oxígeno u ozono, sino por la vista del verdor, por la proximidad de la madre naturaleza tan querida. Debe contar con esto el urbanizador”⁷¹

La melancolía, el *spleen* que abate a la juventud europea finisecular⁷², enfermedad tradicionalmente asociada al habitante de los núcleos urbanos, fue descrita por el clérigo y escritor inglés Robert Burton en *Anatomy of Melancholy* (1621), obra muy popular en toda Europa, que proponía los baños termales y el contacto con la naturaleza como posibles remedios. Esta será una de las referencias para la romántica fe en el poder restaurador de la naturaleza y su recreación en el paisaje. El Higienismo dota de nuevos argumentos a esta actitud, refrendando científicamente las virtudes de la vida al aire libre. Esto convertía a los balnearios, centros situados en plena naturaleza, rodeado de bosques, jardines y, normalmente, con algún río cerca, en un lugar paradigmático. Los propietarios, conscientes de esta condición “ideal”, la convierten en uno de los principales elementos de la fantasmagoría balnearia⁷³. Partiendo de esta cualidad, M^a del Rosario Caz ha cifrado “bachelardianamente” el sentido del balneario en “la necesidad del contacto directo con las aguas vivas, en ese período en que la ciudad moderna va perdiendo la capacidad de favorecer la comunión con el agua de los sueños”⁷⁴. Según la autora, cuando la ciudad industrial dificulta y racionaliza el acceso a las aguas, y la higiene establece nuevas formas y rituales para su uso, los balnearios ofrecían “la presencia hedonista de lo húmedo”⁷⁵ y devolvían su capacidad de activar sueño e imágenes.

Una característica esencial que define a la vida en el campo es la interrupción del ritmo de vida urbano. El balneario impone una nueva rutina y organización del tiempo de acuerdo con la disciplina impuesta por el tratamiento y los espacios de ocio. Se establece así una nueva relación con el Tiempo, que gira en torno al tratamiento –visita a las fuentes, baños, paseo, comidas y paseos– y al ocio, que llena las horas del día restantes, que son muchas. Tomar las aguas es el complemento de la vida elegante del invierno, de manera que a los tradicionales paseos considerados parte del tratamiento

71 SITTE, C. 1927: 201.

72 SENDRAIL, M. 1983: 366-7.

73 Un actitud similar alimentaba una de las principales cualidades de la villa renacentista: sólo este modo de vida, del que se excluyen la enfermedad y la melancolía, garantizaba la Καλοκογαττία, ideal de la Antigüedad que aspira a la belleza de cuerpo y alma. El *padrone* y sus invitados gracias al deporte, al ocio caballeresco, y a la tranquilidad de la vida en el campo recuperan la serenidad y el equilibrio usurpados por la vida urbana. BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 135.

74 CAZ, M^a del R. 2001:29.

75 CAZ, M^a del R. 2001:35.

termal, se suman el tipo de diversiones que se encuentra en la ciudad, desde los juegos de mesa a los recitales de poesía. La música está presente en casi todos los momentos de la vida del agüista, en el parque, en el comedor y en el casino o salón de fiestas⁷⁶, donde bailes, conciertos, representaciones teatrales, y otros espectáculos, llenaban las veladas. La búsqueda del placer en las numerosas actividades de ocio impregnaba de una frivolidad algo morbosa este modo de vida, alimentado por el deseo de superar la enfermedad y que roza, por tanto, aunque nunca se mencione, el ámbito de la muerte⁷⁷. Esta especie de ambigüedad consustancial al balneario, le concede un carácter especial que lo distancia de dos instituciones con las que comparte ciertas semejanzas, pero que mantienen un carácter mucho más coherente y definido: el Gran Hotel y el Hospital.

Las villas suburbanas y los balnearios son espacios destinados a las clases urbanas adineradas, creadoras y principales usuarias de estos espacios. Obviamente, la iniciativa y el concepto de villa suburbana, no pueden surgir de otro contexto, pues el hombre que forzosamente debe vivir del campo no comparte la visión idílica de las clases superiores ni las pautas culturales urbanas que dominan esta manifestación. Es la ciudad la que genera la “nostalgia por el campo”⁷⁸ que se manifiesta en el nacimiento de la villa, cuyo uso inicial se consagra al ocio. La posesión de una villa surge de una necesidad casi mitológica, en virtud de la cual las clases enriquecidas gracias a la industria y el comercio urbanos, pueden “colonizar” el campo y recuperar el vínculo primitivo con la naturaleza⁷⁹. Es un modo de vida creado a medida, y para disfrute y beneficio de una minoría perteneciente a la alta sociedad, la alternativa de los privilegiados. R. Bentmann y M. Müller definen la villa como una fantasía social regresiva, basada en la imposible recuperación de un pasado arcádico, cuya falta de proyección futura necesariamente produce una “utopía negativa” que se manifiesta en la actitud escapista de la villa respecto a la peor cara de ciudad⁸⁰. En las residencias suburbanas y el balneario las clases pudientes podían satisfacer sus anhelos, ajustándose a los mismos términos hegemónicos de los que gozaban en la ciudad⁸¹. Ambas son para las clases poderosas espacios “tranquilizadores” que no sólo cuidan de su salud, sino que garantizan su supremacía y el mantenimiento del

76 SADDY, P. 1985: 97.

77 Esta extraña combinación de sensualidad y enfermedad fue magistralmente reflejada por Thomas Mann en su célebre novela *La Montaña mágica* (1924).

78 BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 7.

79 ACKERMAN, J.S. 1990: 10.

80 BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 85-99.

81 Los usuarios de la villa se corresponden con el *Occupatus* urbano que, a diferencia de la actitud respetuosa y contemplativa con la que el *Solitarius* de Petrarca se introduce en el *locus amoenus*, busca un *paradise artificiato* donde, según el postulado estético de Aristóteles, el arte complete “aquello que la naturaleza por sí sola no es capaz de realizar”. BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 109.

orden frente a la agitación que caracteriza la ciudad, foco de progreso, pero también de males y enfermedades, de revueltas sociales y de caos. En el espacio de esta fantasía social, cerrado, autosuficiente y convenientemente legitimado, no caben las tensiones sociales, sino la afirmación y el refuerzo de una estructura social y económica⁸². Se crea así la imagen del deseo de la época, un mundo a la medida del hombre moderno del que han desaparecido las huellas de aquello que lo hace posible, basado, según Lewis Mumford, en “una concepción pueril del mundo”⁸³. Una concepción perversa, podría añadirse, desde el momento en que es totalmente intencionada y legitimada por sus autores.

En definitiva, el balneario se concibe casi como un trasunto o una versión mejorada de la ciudad decimonónica, de la que se han eliminado todos los aspectos negativos o “molestos”. Aunque el balneario participa del concepto de *paradiso artifiziato* exclusivo, al que no todos pueden acceder, el carácter represivo que necesariamente formaba parte de la villa como encarnación de un ideal socio-político basado en la explotación, no existe evidentemente en el balneario, donde la fantasmagoría se sustenta en un intercambio de bienes. El balneario no comparte la intención utópica de crear una ciudad ideal que albergue a una sociedad perfecta, como pretendía Ebenezer Howard con la “Ciudad jardín” a finales del XIX, sino que más bien se define como un espacio exclusivo y ensimismado, muy conservador, que se sitúa prácticamente en las antípodas de la naturaleza social de los proyectos utópicos⁸⁴. Si la villa puede identificarse con una “utopía negativa”, el balneario encaja mejor con la definición de “heterotopía” de Michel Foucault:

“lugares reales, lugares efectivos, lugares que están diseñados en la institución misma de la sociedad, que son especies de contra-emplazamientos, especies de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales, todos los otros emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura están a la vez representados, cuestionados e invertidos, especies de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sean sin embargo efectivamente localizables. Estos

82 Es este aspecto evasivo y la manipulación sentimental del campo con el que se cubre este modo de vida lo que Raymond Williams atacaba en *El campo y la ciudad*.

83 MUMFORD, L. 1979: 656.

84 Los intentos de perfilar una comunidad ideal para el hombre surge en la Grecia Clásica como un nuevo tipo de literatura, producida por filósofos y urbanistas, que denota la decadencia de la polis griega (MUMFORD, L. 1979: 213). Esta idea fue retomada en el Renacimiento entre otros por Vasari, el primero en llamar “ciudad ideal” a su proyecto (FUENTE, M^a.J. 1999: 204), y Tomás Moro que inaugura con su conocida obra (1516) las utopías sociales que continúan Charles Fourier, Robert Owen, o Jean Baptiste Godin, así como las teorías sociales de Carlyle, Morris, Ruskin o el francés Frédéric Le Play. En el siglo XIX la búsqueda de un espacio habitable ideal se relaciona de manera directa con las insalubres condiciones de vida de la nueva ciudad industrial. La preocupación que esta situación provocaba en los higienistas, reflejada en la publicación de obras como la del doctor Benjamin Ward Richardson, *Hygeia, or the City of Health*, (1875), produjo algunas de las aportaciones más valiosas al urbanismo del XIX (MUMFORD, L. 1979: 635).

lugares, porque son absolutamente otros que todos los emplazamientos que reflejan y de los que hablan, los llamaré, por oposición a las utopías, las heterotopías”⁸⁵

1.3. Mito/Ciencia

“Es posible que la ‘vida’ sólo sea una totalidad indiscernible de estructuras y formas. Pero la ciencia es incompatible con lo inefable: necesita decir la ‘vida’ si quiere transformarla”⁸⁶

ROLAND BARTHES

La fantasmagoría balnearia encuentra su legitimación en la ciencia tanto como en el mito⁸⁷. Hans Blumenberg, afirma que el mito no sólo se utiliza para dar sentido y forma a la realidad, convirtiéndola en “habitabile”, sino que, de alguna manera, justifica y valida socialmente un modo de vida relacionándolo con un valor supremo indiscutible⁸⁸. Es decir, en el contexto que nos interesa, el mito, presentado a través de una urdimbre ideológica ya enraizada en el imaginario colectivo, legitima un nuevo ser social y oculta su función práctica. En una institución tan burguesa, elitista y “fantasmagórica” como el balneario este proceso es especialmente visible. El balneario, para mantener su imagen fantasmagórica necesita disfrazar el entramado productivo.

El mejor antecedente de este proceso se encuentra en el fenómeno de la *villeggiatura*, tal y como se dio en el Renacimiento en Italia, cuando la villa, además de procurar ocio y bienestar, se convierte en un espacio generador

85 No sería difícil definir el balneario como una heteropía basándonos en la descripción general de Foucault, articulada a partir de seis principios: su producción es común a todas las culturas; una heterotopía puede funcionar de distintos modos a lo largo de la historia; la heterotopía tiene el poder de yuxtaponer en un solo lugar real múltiples espacios, que son en sí mismos incompatibles; las heterotopías están habitualmente asociadas a cortes del tiempo, funcionan cuando se produce una ruptura con el tiempo tradicional; las heterotopías implican un sistema de apertura y uno de cierre que, a la vez, las aíslan y las vuelven penetrables, de manera que el acceso a ellas se debe bien a un confinamiento, o bien exige el cumplimiento de ritos y purificaciones; Finalmente, las heterotopías cumplen una función que puede encarnarse en dos polos extremos: “crear un espacio de ilusión que denuncia como más ilusorio todavía todo el espacio real [...], o bien, por el contrario, crean otro espacio, otro espacio real, tan perfecto, tan meticuloso, tan bien ordenado, como el nuestro es desordenado, mal administrado y embrollado. Ésta sería una heterotopía no ya de ilusión, sino de compensación”. FOUCAULT, M. 1984.

86 BARTHES, R. 1999: 202.

87 El concepto de “mito” se utiliza aquí en el sentido que le conceden Adorno, Horkheimer y Hans Blumenberg, como herramienta con la cual el hombre intenta dotar de un cierto orden y sentido a un mundo contingente, y marcado por la intencionalidad. Como afirmó Roland Barthes,; “El mito tiene carácter imperativo, de interpelación: salido de un concepto histórico..., me viene a buscar a mi, se vuelve hacia mi, siento su fuerza intencional” (BARTHES, R. 1999: 217). Sólo a partir de esta concepción del mito es posible entender y justificar su uso en la actualidad. Nos alejamos por tanto de la habitual lectura representada por Mircea Elidade, cuyo eje primordial es la interpretación del mundo a través de la presencia en él de las fuerzas sagradas.

88 Este planteamiento es ampliamente desarrollado por Hans Blumenberg en su obra *Trabajo sobre el mito (Arbeit am Mythos)*, (1979). Han sido de gran ayuda la obra de Franz Josef Wetz: *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas* (WETZ, F.J. 1996) y el prólogo de Valeriano Bozal a *Las realidades en que vivimos* (BLUMENBERG, H. 1999: 9-29).

de bienes económicos y centro neurálgico de una región⁸⁹. Desde entonces se puede distinguir claramente entre las villas suburbanas, destinadas exclusivamente al recreo⁹⁰, y aquellas que se sustentan en la explotación de los recursos naturales, incorporando una finalidad económica de la que este modo de vida carecía en la Antigüedad. Ambas están ligadas al ideal cultural de recuperar un estado de pureza de características míticas, así como a la posibilidad de crear un entorno acorde con “los placeres de la imaginación” sugeridos o modelados, en buena medida, por las expresiones literarias y pictóricas. En sus primeras manifestaciones, la villa suburbana convierte la naturaleza en el *locus amoenus*, “lugar predilecto” de la literatura antigua, espacio arcádico ideal recreado por la poesía bucólica de Teócrito y Virgilio, al que se añaden objetos culturales generados por una sociedad urbanizada, como ejemplifica la célebre villa de Adriano. Pero desde el momento en que la villa se convierte también en un espacio productivo, despliega una nueva mitología destinada a enmascarar esta faceta. Se convierte al capitalista en humanista⁹¹, y la religión, valor supremo que unía a todos los miembros de la sociedad, constituirá su mejor soporte⁹². Este nuevo modo de vida acude al mito para dar validez a su función, a los sujetos que lo conforman, e, incluso a su manifestación física, es decir, su formalización en el espacio y su representación⁹³.

Mientras que entonces el mito actuaba como principal elemento de control, en el balneario decimonónico sobrevive, principalmente, como reclamo y elemento articulador de la fantasmagoría, en la medida en que traduce los ensueños de una época. Como corresponde a un siglo que, siguiendo los

89 Varios autores se han referido al pazo como la expresión gallega de este modo de vida que se extendió desde el siglo XV hasta el XIX, entre ellos J.J. MARTÍN GONZÁLEZ (1964: 318), A. BONET CORREA (Prólogo a RIVERA RODRÍGUEZ, M^{ta}.T. 1982: 19-20) y A.M^a. PEREIRA MORALES (1979).

90 El desarrollo de este tipo tuvo gran éxito en el siglo XVIII, cuando la serie de artículos de Joseph Addison titulada “The pleasures of the Imagination”, sienta las bases de la estética pintoresca. La villa se convierte en la vivienda predilecta de los comerciantes e industriales, y “la mejor expresión arquitectónica de las grandes aspiraciones de una época”. COLLINS, P. 1970: 37.

91 El *Padrone*, propietario de la villa, perteneciente a la nobleza urbana, se identifica con la imagen del “pater familias” benefactor, cuya imagen oficial es la del hombre de negocios y humanista. Su figura es elevada a la categoría de demiurgo creador que convertía las tierras incultas en fértiles y hacía las mejoras necesarias para construir en ellas su villa. A él se debe la conversión de la agricultura en una labor a la vez ética y estética, como manifiestan “los libros de las villas” que legitimaban su rentable modo de vida. Precisamente es Alvise Cornaro, uno de los más importantes terratenientes italianos del siglo XVI, el autor de las dos obras capitales para la legitimación de este modo de vida, sentando con ellas las bases de la supraestructura humanista y filosófica de la nueva cultura de las villas. En *Vita Rustica* y en su célebre *Discorsi intorno alla Vita Sobria*, utiliza argumentos de tipo ético, estético y religioso. BENTMANN, R./MÜLLER, M. 1975: 29-33.

92 En ella se basa todo el aparato teórico con el que el trabajo y los beneficios que produce la agricultura son convenientemente mitificados, convirtiendo esta práctica en una labor casi sagrada (“Santa Agricultura”) considerando su práctica, la forma de vida moral más elevada. En el fenómeno de la *villeggiatura* renacentista la motivación económica se acompañaba de todo un proceso de glorificación humanística que convierte a la villa en un paraíso terrestre.

93 En los frescos de las paredes de la villa se refleja su imagen idealizada a través de diversas panorámicas, y, ocasionalmente, de la representación de las diversas etapas de su proceso de creación a modo de documentación gráfica.

dictados de la Ilustración, ha afirmado la soberanía de la ciencia, ésta se impone como el principal mecanismo legitimador. Las legitimaciones de tipo mítico-religioso que servían a la *villeggiatura*, y las virtudes casi milagrosas atribuidas a las aguas en el contexto precientífico, dejan de ser operativas tras el proceso de secularización reafirmado por las revoluciones burguesas. A partir de la asimilación positivista de la idea “comtiana” de la ciencia como poder social, los nuevos instrumentos de control y legitimación proceden de la ciencia y de la técnica, donde el hombre afirma su autoridad. El concepto de salud asociado al termalismo en el siglo XIX necesita tanto su aval como los nuevos métodos de tratamiento y sofisticados aparatos que lo incluyen en la más estricta modernidad⁹⁴. El análisis químico de las aguas, la Hidroterapia⁹⁵, el Higienismo, las prescripciones de los médicos directores del establecimiento, además de fundamentar científicamente la existencia de los balnearios, regulan la vida en estas instituciones obedeciendo a unos usos del espacio y a unos hábitos disciplinarios⁹⁶. El culto a la “Santa Agricultura” de la *villeggiatura*, se ha sustituido por el “culto” a la Ciencia, el cuidado de la salud como inestimable bien social justifica la base económica del balneario. Sin embargo, persiste la inclinación en el siglo XIX de “enoblecer necesidades técnicas haciendo de ellas finalidades artísticas”⁹⁷. Esto explica que la certificación de las facultades curativas de las aguas, en virtud de los análisis de sus componentes químicos y la explicación científica de sus efectos sobre el organismo, no sea suficiente y que algunos tratados de la época, como las *Reflexiones sobre la naturaleza escritas en alemán por M. Sturm, aumentadas y metodizadas por M. Luis Cousin Despréaux*⁹⁸

94 El s. XIX ofrece el auténtico campo de cultivo para convertir la hidroterapia en un método de éxito. Los análisis químicos impulsados por el Positivismo (1848-1914) dan una razón científica a las propiedades curativas de las aguas cuya efectividad hasta el momento estaba legitimada únicamente por el uso que se venía haciendo de ellas. El avance de la Química, la Física y la Fisiología aportaron las armas necesarias para que la Ciencia del Positivismo pudiese conferir “a la imagen de la naturaleza una unidad coherente que no ha logrado ninguna etapa del pasado”, según apunta Desiderio Papp [...] disciplinas hasta entonces un tanto “marginales” de la medicina interna, como la hidroterapia o la balneología, habrían de cobrar un nuevo vigor, dejando para siempre a un lado el empirismo, al tiempo que se constituían científicamente como especialidades médicas. CASTILLO CAMPOS, M^a J. 1993: 10.

95 La hidroterapia consiste en utilizar con fines terapéuticos las propiedades físicas del agua. Aunque este uso es muy antiguo, su redescubrimiento data de principios de siglo. En el contexto de la revalorización de los beneficios de la naturaleza, el empirista alemán Vincenz Priessnitz recomienda un tratamiento a base de abluciones, baños e ingesta de agua fría para fortificar el organismo en los bosques de Silesia. Tratamiento que será adoptado por otros países europeos. CRAPLET, M. 1985: 194.

96 Las obras generales consagradas a la terapéutica termal y a la descripción de las estaciones son numerosas a partir de 1840: las más conocidas son las de d’Alibert, Patoissier, Durand-Fardel, Constantin James, a las que sumaban las obras de los médicos de las estaciones termales. La medicina termal alcanza sus principales logros después de 1850, ligados a las ciencias físico químicas. WALLON, A. 1981: 35.

97 Benjamin toma el ejemplo del ideal urbanístico de Haussmann, cuyas avenidas, proyectadas contra el levantamiento de barricadas en París, eran descubiertas como monumentos. BENJAMIN, W. 1990: 187.

98 *Reflexiones sobre la naturaleza escritas en alemán por M. Sturm, aumentadas y metodizadas por M. Luis Cousin Despréaux*. (Anotadas y puestas a la altura de las ciencias naturales por el Dr. D. Tomás Cuchi) Tomo IV, Barcelona, 1852.

(1852), exalten el valor de las aguas dentro de una concepción casi teológica⁹⁹. Igualmente, la habitual explicación mítica de los establecimientos termales sobre el descubrimiento de sus aguas, relacionada con la “milagrosa” curación de un animal o de los lugareños, cualquiera de ellos “incuestionablemente” lejos del conocimiento científico¹⁰⁰, pretendía otorgarles una dimensión entre mágica y sagrada¹⁰¹.

El balneario finisecular no se articula sólo en torno a un mito, sino que adapta aquellos que le sirven y recurre a otros más acordes con su naturaleza de “objeto moderno”. Berger y Luckmann defienden que las teorías legitimadoras y las instituciones a las que éstas se refieren guardan una relación dialéctica¹⁰². Este mismo principio, que los sociólogos encuentran en la generalidad de las instituciones sociales, sustenta las bases de la adaptabilidad del balneario, como institución que forma su identidad a finales del XIX, a los mecanismos legitimadores que dominan el período. El balneario preserva el mito de la naturaleza como paraíso perdido, donde la imaginación y el espíritu pueden recrearse libremente, gracias a una disposición romántica que proclama la soberanía del sentimiento y de los sentidos y, en buena parte, debido a la reacción de rechazo a la ciudad. Sin embargo, en una época dominada por el conocimiento científico, el mito basado en el reencuentro con la Naturaleza ya no es suficiente, no puede justificar por sí solo ningún modo de vida. El hombre como creador, contemporizando con la ciencia moderna, a la que Berger y Luckmann han definido como el paso extremo en el proceso que arroja el conocimiento a cuerpos de élite y el mecanismo legitimador más secularizado y sofisticado con el que cuentan las sociedades modernas¹⁰³, alimentan el mito supremo de la modernidad: el progreso. Ciencia y tecnología funcionan como motores del mito. Ellas son las herramientas con las que hombre, en nombre del progreso y la civilización, avanza y construye nuevos y mejores mundos. Susan Buck-Morss formuló claramente su alcance: “El

99 Dominique Jarrassé identifica este cambio con el paso de un mito fundado en una materia onírica y maravillosa, como se encuentra en el ensayo de Gaston Bachelard *El agua y los sueños*, a un mito fundado en un lugar fuera de lo común que deriva más bien de *La Poética del espacio* del mismo autor, en la que desarrolla una “fenomenología de la imaginación”. JARRASSÉ, D. 1985: 144.

100 En Karlsbad, por ejemplo, se contaba que Charles IV, rey de Bohemia y emperador romano, había descubierto las fuentes termales en el transcurso de una cacería de ciervos. El animal, acorralado, habría arrastrado a sus perseguidores a un valle desconocido hasta entonces. El mito afirma que el agua cura milagrosamente una herida del monarca que erige en este lugar un pabellón de caza alrededor del cual se extenderá la pequeña villa que recibe el título de ciudad en 1370. SAUVAT, C./ LENNARD, E. 1999: 117.

101 Maupassant ilustra la manipulación de este tipo de leyendas sobre el descubrimiento de las aguas en *Mont Oriol* (1887), en la cual un empresario obliga a un pobre tullido en vías de recuperación que simule su curación para atestiguar la superioridad de sus aguas. MAUPASSANT, G de: *Mont Oriol*. Classiques Universels. Paris, 2000.

102 “Es correcto afirmar que las teorías se urden con el fin de legitimar las instituciones ya existentes. Pero también sucede que las instituciones sociales cambian con el propósito de conformarlas a teorías que ya existen, vale decir, de hacerlas más ‘legítimas’”. BERGER, P. L./LUCKMANN, T. 1986: 163.

103 BERGER, P. L./LUCKMANN, T. 1986: 144.

progreso llegó a ser una religión en el siglo XIX; las Exposiciones internacionales, sus altares sagrados; las mercancías sus objetos de culto, y el “nuevo” París de Haussmann, su Vaticano”¹⁰⁴. El mito del progreso, adorado por los saintsimonianos, estaba ampliamente enraizado en el pensamiento decimonónico, Victor Hugo afirmaría: “Progress is the very foodstep of God”¹⁰⁵. Efectivamente, al revelar la fe en la superioridad del hombre sobre todas las cosas, ostenta cierto carácter sagrado. Sin necesidad de apelar a la divina providencia, el hombre puede crear los mecanismos necesarios que le permitan controlar su mundo, y con ellos crear en la tierra sus paraísos artificiales. Si el siglo XVIII pone las bases ideológicas que retan al hombre a crear el paraíso en la tierra con ayuda de la razón y de la consecución de la felicidad material. La revolución industrial aportó la industria y la tecnología para esta realización del paraíso en la tierra. Siguiendo la definición de mito y modernidad de Blumenberg, el progreso es una nueva herramienta para dominar el eterno temor a una existencia contingente, cuyo discurso se ve abocado por la inercia histórica a ocupar posiciones establecidas por el cristianismo, garantizando el perfeccionamiento del hombre y de su existencia, y, sobre todo, proponiendo una solución a la fatalidad. Pero su modernidad y verdadero sustento reside en la autoafirmación del hombre, que toma resuelto las riendas de su destino¹⁰⁶. La fe en el progreso que define al hombre moderno, justifica y legitima todas aquellas acciones que se hagan en su nombre. Este nuevo mito, que apoya y enmascara la rentabilidad de fenómenos característicos del XIX como el colonialismo o el liberalismo económico, sustenta igualmente el nuevo espacio de vida colectivo que es el balneario. La fascinación por la ingeniería, la tecnología y las máquinas, expuesta e incentivada por las Exposiciones Universales, hacen de los talleres de embotellado fábricas modernas y una visita atractiva¹⁰⁷. Las publicaciones del balneario de Mondariz muestran con frecuencia las fotografías de las instalaciones y detallan su moderna tecnología, instando a los agüistas a recorrerlas¹⁰⁸. Las visitas importantes acudían a los talleres



Mondariz fuente de la Gándara (T. Postal)

104 BUCK-MORSS, S. 2001: 107.

105 “El progreso es la huella de Dios mismo”. Victor Hugo: “Anniversaire de la révolution de 1848” (1855). Cit. en BENJAMIN, W. 1999: 746.

106 BLUMENBERG, H. 1983. Parte I, capítulo 3 (“Progress Exposed as Fate”).

107 SADDY, P. 1985: 101.

108 “Las aguas de Mondariz embotelladas”. *Mondariz, Suplemento a La Temporada*. Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa, Madrid 1915, nº 3, pág. 72.

de embotellado para admirar sus instalaciones y las “máquinas y aparatos, encargados ex-profeso á importantes casas constructoras del extranjero”¹⁰⁹.

El balneario es un producto de la moderna sociedad industrializada y del capitalismo, y como tal participa de todos sus elementos. El termalismo se desarrolla integrándose en la gran corriente económica que da lugar al régimen de libre empresa que crea las primeras estaciones turísticas. Concebidas como inversiones rápidamente rentabilizadas, los propietarios incentivan todas aquellas actividades que puedan aumentar los ingresos generados por el alojamiento y tratamiento, alimentando otro tipo de gastos: principalmente el embotellado de aguas, el casino, recuerdos, joyas, pastillas, sales, etc, así como la especulación sobre los terrenos que rodean al establecimiento termal. En este contexto aparecen los grandes capitalistas dispuestos a invertir en un negocio que consideran rentable y con futuro¹¹⁰. Es el hombre del XIX, auxiliado por las herramientas del progreso, y sobre todo por su tesón personal el que hace posible la maravilla de la civilización moderna que es el balneario. Su recreación fantasmagórica de un “mundo ideal”, enlaza con la mitificación del fundador del balneario, equiparable a la del colonizador decimonónico. A menudo es él quien encuentra o recupera del olvido el manantial, y como un descubridor de paraísos en la tierra, afronta el reto de crear orden y cultura en medio de un espacio salvaje. Al igual que el colonizador, confía en la creación de un mundo “perfecto” ya que parte del presupuesto de que su cultura es superior. La figura del fundador ya no debe ejercer una autoridad dominante, no necesita, ni puede ya en el contexto ideológico del siglo XIX, alcanzar la dimensión *cuasi* divina del *Padrone*, sino erigirse en modelo para la sociedad, un prohombre, *sprit éclairé*¹¹¹, que, con su obra, actúa en nombre del progreso y el bien de la humanidad. Se crea, como en la *villegiatura*, un *ethos* del trabajo cuyo paradigma es la imagen del emprendedor empresario moderno, elevado a primer benefactor de su pueblo o nación.

La fantasmagoría balnearia encuentra en la literatura su mejor órgano de difusión. Además de las imágenes y la publicidad difundida por la prensa, que divulgan la imagen prototípica del termalismo de élite en estaciones provistas de todas las comodidades y distracciones del mundo civilizado¹¹². Las estaciones termales de cierta envergadura publican sus propias listas de

109 “Mejoras y reformas”. *La Temporada en Mondariz*, 1910, nº 1.

110 Guy de Maupassant hizo una excelente recreación de este tipo de empresario en *Mont Oriol* (1887), inspirado en la historia del balneario francés Châtel-Guyon. MAUPASSANT, G de. 2000.

111 GRENIER, L. 1985: 14.

112 JAMOT, CH. 1988: 15.

agüistas¹¹³, guías, álbumes, revistas o semanarios, con las que contribuyen a instaurar y alimentar la fantasmagoría balnearia al tiempo que crean una determinada imagen¹¹⁴. Estas publicaciones estaban influidas a su vez por las guías de viajes y la literatura romántica, lo que explica algunos rasgos comunes a todas ellas, como la comparación con los paisajes montañosos de Suiza y Alemania, además de la alusión a la feliz Arcadia, a jardines “paradisiacos”, o a las teorías de Rousseau sobre el “hombre natural”¹¹⁵, elementos comunes a la fantasmagoría balnearia en toda Europa. Como instrumentos publicitarios su función es vender un estilo de vida, utilizando un discurso destinado a legitimarlo y a sustentarlo, totalmente manipulado e ideologizado. Valiéndose del mito, se configura como una herramienta absolutamente perversa. Publicidad y fantasmagoría se alimentan mutuamente, ambas se sustentan en una ilusión que se consigue a través de la mercancía “enmascarada”, tratada como fetiche. Sin embargo, las publicaciones balnearias no sólo revelan el carácter encubridor de la publicidad, sino que demuestran la efectividad de un sistema de representación dominante en una época, que se ha expuesto como fantasmagoría, y que lo que en realidad pone de manifiesto es la inexorable implantación de la sociedad de consumo, anticipada por la existencia de empresas turísticas como el balneario.

113 Los nombres de las numerosas personalidades que asistían a Karlsbad han llegado hasta hoy gracias a las listas de visitantes, *Kurlisty*, elaboradas desde finales del XVIII, escritas a mano en un principio, e impresas desde 1795 hasta 1948. Entre los visitantes que colaboraron a fomentar la fama del establecimiento en este siglo cabe destacar a: Federico I, Rey de Prusia (1708), Pedro el Grande, Zar de Rusia (1711-1712), G. W. Leibnitz (1712); J. S. Bach (1718-1720), María Teresa, Emperatriz de Austria (1721-1732), Eugenio de Saboya, Príncipe de Austria (1732), Carlos VI, Emperador de Austria (1732), José II, Emperador de Austria (1766), G. Casanova, el escritor y trotamundos italiano (1785), J. W. Goethe (1785-1823), F. Schiller (1791), y el arquitecto alemán F. Gilly que fallece en la ciudad en 1799.

114 La prensa termal francesa se inicia en 1858 con la *Gazette des Eaux*, seguida en 1869 de la *Gazette des Bains*, en 1871 del *Conseiller des villes d'eaux*, y en 1905 la *Presse thermale*. (GRENIER, L. 1985: 33). En Vichy, desde 1883, se publica la “liste des étrangers” donde se informa de cada uno de los visitantes, con su lugar de origen y profesión, bajo la forma de un periódico que aparece cada dos o tres días e incluye volantes publicitarios. Además de la *Guide de l'étranger à Vichy*, que ofrecía toda la información necesaria al agüista, existían otra serie de obras especializadas, con consejos y direcciones útiles: *L'indicateur de Vichy*, *Le Manuel du malade*, la *Guide du baigneur*, *En route pour Vichy*, *Le Curiste ou la ruée vers l'eau*, *Vichy et ses environs*, etc (SAUVAT, C./ LENNARD, E. 1999: 159). En Aix-le-Bains, Marie de Solms, exiliada tras el golpe de estado de su primo Napoleón III, funda la revista literaria *Les Matinées d'Aix-le-Bains*, y *Les Soirées d'Aix-les-Bains*, donde escribirá Proust entre otros (JARRASSÉ, D.1985: 159). El francés era el idioma utilizado por los extranjeros en las estaciones termales alemanas, por eso las publicaciones informativas se publican en esta lengua: por ejemplo *L'illustration de Bade* imprimía los veinte números de la temporada en Estrasburgo, al igual que *Le Mercure de Bade*. (SAUVAT, C./ LENNARD, E. 1999: 18). También los balnearios de mar franceses tenían su publicación, *L'Écho des Plages* (1892-1959), dedicada exclusivamente a exponer los problemas de las estaciones balnearias (ROUILLARD, D. 1984: 200).

115 CAZ, M^o del R. 2001: 286.

BIBLIOGRAFÍA CITADA*

- ACKERMAN, James S (1990): *The Villa. Form and Ideology of Country Houses*. Thames and Hudson, London.
- ARANGUREN, José Luis (1982): *Moral y sociedad. La moral española en el siglo XIX*. Taurus, Madrid.
- BARTHES, Roland (1999): *Mitologías*. Siglo Veintiuno de España ed., Madrid.
- BENJAMIN, Walter
- (1990): *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Taurus, Madrid.
 - (1996): "Lugares para la ensoñación, museos, pabellones de balnearios". *Revista de Occidente*. Fundación José Ortega y Gasset. Febrero, nº 177, pp. 114-131.
 - (1999): *The Arcades Project*. Belknap/Harvard University Press, USA.
- BENTMANN, Reinhard/ MÜLLER, Michael (1975): *La Villa como arquitectura del poder*. Barral Ed., Barcelona.
- BERGER, Peter L./LUCKMANN, Thomas (1986): *La Construcción social de la realidad*. H. F. Martínez de Murguía Ed., Madrid.
- BLUMENBERG, Hans
- (1983): *The Legitimacy of the Modern Age*. Massachusetts Institute of Technology Press., Cambridge.
 - (1999): *Las realidades en que vivimos*. Paidós, Barcelona.
- BONET CORREA, Antonio (1982): "Prólogo" en RIVERA RODRÍGUEZ, M^a Teresa: *Los pazos orensano.s Arquitectura del siglo XVIII en la provincia de Orense*. Ed. Atlántico, La Coruña.
- BOZAL, Valeriano (1999): "Prólogo" en BLUMENBERG, Hans: *Las realidades en que vivimos*. Paidós, Barcelona
- BUCK-MORSS, Susan (2001): *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*. Visor/A. Machado Libros, Madrid.
- CARR, Raymond (1985): *España 1808-1975*. Ed. Ariel, Barcelona.
- CAZ, M^a del Rosario (2001): *El agua en el seno de las aguas. La ordenación del espacio balneario en el Cantábrico*. Universidad de Valladolid.

* Esta bibliografía incluye solamente los autores citados, excepto los artículos de prensa y obras literarias, cuya referencia completa está en las notas al pie.

- CHABROL, Etienne (1933): *L'Évolution du thermo-climatisme*. Masson et Cie., Paris.
- COFFIN, David R. (1988): *The Villa in the Life of Renaissance Rome*. Princeton University Press, New Jersey.
- CORBIN, Alain
- (1988): *Le territoire du vide. L'Occident et le désir du rivage, 1750-1840*. Ed. Aubier, Paris.
 - (1989): "Entre bastidores" en DUBY, G. y ARIÈS, P. (dir.) *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*. Taurus, Madrid.
- CRAPLET, M. (1985): "La Médecine thermale: du plaisir a la cure" en GRENIER, L. (dir.) *Villes d'eaux en France*. Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 188-211.
- FOUCAULT, Michel (1984): "Des espaces autres". Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales, 14 de marzo de 1967, publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, n 5, octubre de 1984. [Online] Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima. (Página consultada el 8 de octubre de 2003). http://www.bazaramericano.com/arquitectura/foucault/espacios_foucault.asp.
- FRAMPTON, Kenneth (1988): *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Gustavo Gili, Barcelona.
- FUENTE, M^a. Jesús (1999): *Diccionario de Historia Urbana y Urbanismo. El lenguaje de la ciudad en el tiempo*. Universidad Carlos III y Boletín Oficial del Estado, Madrid.
- GIEDION, Sigfried (1979): *Espacio, tiempo y Arquitectura*. Dossat, Madrid.
- GRENIER, Lise (1985): "Les villes de santé" en GRENIER, Lise. *Villes d'eaux en France*. Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 12-41.
- GRENIER, Lise/JARRASSÉ, Dominique (1985): "Les thermes" en GRENIER, Lise. *Villes d'eaux en France*. Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 53-81.
- GUBLER, Jacques (1985): "Hotels et villas: notes cavalieres" en GRENIER, Lise. *Villes d'eaux en France* Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 104-122.
- JAMOT, Christian
- (1987): "Les caracteres originaux du tourisme thermal vus à travers l'exemple français". *Problems of Tourism*. Institute of Tourism, Warsaw, pp. 21-36.

- (1988): *Thermalisme et villes thermales en France*. Institut d'Études du Massif Central, Clermont Ferrand.
- JARRASSÉ, Dominique (1985): "Poétique de la ville d'eaux" en GRENIER, Lise. *Villes d'eaux en France*. Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 144-166.
- LEBOREIRO AMARO, María A. (1994): *El balneario: la ciudad ensimismada*. C.O.A.G., Santiago de Compostela.
- MARTÍN BLANCO, Paulino (2002): "O papel da fotografía nunha empresa moderna: La Toja S.A. (1903-1936)". *El Museo de Pontevedra LVI*. Museo de Pontevedra, pp. 267-289.
- MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José (1964): *Historia de la Arquitectura*. Gredos, Madrid.
- MUMFORD, Lewis (1979): *La ciudad en la historia*. Ed. Infinito, B. Aires.
- MUNTAÑOLA THORNBERG, Josep (1990): *Retórica y Arquitectura*. H. Blume, Madrid.
- NORBERG-SCHULZ, Christian (1992): *Genius Loci. Paesaggio. Ambiente. Architettura*. Documenti di architettura. Ed. Electa, Milan.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1972): *La vida contemporánea (1896-1915)*. Ed. Novelas y Cuentos, Madrid.
- PEREIRA MORALES, Ana M^ª (1979): *La arquitectura del pazo en Vigo y su comarca*. C.O.A.G., Santiago de Compostela.
- PERROT, Michelle (1988-1989): "Se levanta el telón" en DUBY, Georges/ ARIÈS, Philippe (dir.) *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, vol. IV. Taurus, Madrid.
- PLINIO CECILIO SEGUNDO, Cayo (Plinio El Joven)
- (1938): *Cartas. Libro I*. Centro de Estudios Históricos, Instituto Antonio de Nebrija, Madrid. (Texto y comentario de Vicente Blanco García)
- (1963): *Cartas. Libro II*. Centro de Estudios Históricos, Instituto Antonio de Nebrija, Madrid. (Texto y comentario de Vicente Blanco García)
- ROUILLARD, Dominique (1984): *Le site balnéaire*. Pierre Mardaga, éd., Liège.
- SADDY, P. (1985): "Le casino" en GRENIER, Lise. (dir.) *Villes d'eaux en France*. Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 82-104.
- SAUVAT, Catherine/LENNARD, Erica (1999): *Villes d'eaux en Europe*. Hachette Livre-Éditions du Chêne.

SENDRAIL, Marcel (1983): *Historia cultural de la enfermedad*. Espasa Calpe, Madrid.

SITTE, Camilo (1927): *Construcción de ciudades según principios artísticos*. Canosa, Barcelona.

SOLÀ-MORALES, Ignasi de (1986): *Arquitectura balneària a Catalunya*. Generalitat de Catalunya. Departament de Política Territorial i Obres Públiques. Direcció General d'Arquitectura i Habitatge, Cambra Oficial de la Propietat Urbana de Barcelona.

WALLON, Armand

- (1981): *La Vie quotidienne dans les villes d'eaux : 1850-1914*. Hachette. Paris.

- (1985) : "Buveurs d'eaux de jadis et de naguere" en GRENIER, Lise. *Villes d'eaux en France*. Institut Français d'Architecture, Paris, pp. 166-188.

WETZ, Franz Josef (1996): *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas*. Edicions Alfons el magnànim, Col. Novatores, Valencia.

WILLIAMS, Raymond (2001): *El campo y la ciudad*. Paidós, Buenos Aires.